

La escritura y el significado de la vida

TAD BARTIMUS

Traducción de Juan José Hoyos

"Nosotros no somos nuestro trabajo... Nuestro trabajo no es nuestra vida. Nosotros somos algo más que modems y Word para Windows, ... más que cierres de edición y líneas de transmisión de datos. Nosotros somos hijos e hijas; esposos y esposas, gente que vale algo para alguien; madres y padres; amigos y compañeros de viaje. Si no nos detenemos y nos escuchamos a nosotros mismos, a los demás, no tendremos cosas para decir. Tampoco tendremos nada de qué escribir..." Una charla polémica y conmovedora de la periodista Tad Bartimus, de la AP, en el Taller Nacional de Escritores de los Estados Unidos.

Este no es un cuento para reconvenir ni amonestar a nadie... Bienvenidos a una conferencia sobre "La escritura y el significado de la vida". Deseo agradecer a mi querido amigo y anfitrión, Mark Trahan, por darle ese título a mi charla. Es la mejor lección que he aprendido jamás acerca de la necesidad impostergable de contestar las llamadas telefónicas. El nombre de esta conferencia es mi castigo por no responder a tiempo una llamada de Mark, antes de que el programa fuera enviado a la imprenta.

Mark y yo empezamos a hablar sobre la versión escrita de esta charla desde hace un año. Como casi todos mis amigos, él sabe que yo deseaba ser periodista desde que estudiaba en la escuela primaria. Fui, después de todo, una periodista por instinto. La Periodista Natural. "The Natural"¹. Yo había nacido para eso, la tinta corría por mis venas, no había otro destino para mí. Todos decían lo mismo, todos lo creían, y por supuesto yo también llegué a creerlo.

Veinte años más tarde, después de graduarme en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Missouri, ya no tenía razón alguna para dudar que sería siempre la persona que Mark conoció yendo de un lado a otro como enviada especial de la agencia Associated Press. Por esa época, yo vivía en Estes Park, Colorado, y desde allí, durante doce años, había estado enviando

historias por modem a los editores de la AP en las oficinas centrales de la agencia, en New York. Yo funcionaba de modo maravilloso, trabajando sola, lejos de esas oficinas. Me sentía como si fuera la punta de un largo brazo de la agencia, y con el respaldo de la organización de noticias más grande del mundo. Desde una cabaña de troncos levantada sobre un campo de cinco acres que limitaba con el Parque Nacional de las Montañas Rocosas, podía andar en mi coche por los caminos de los alrededores esquivando ciervos, alces y carneros. Después de atravesar un estrecho cañón de treinta millas por una carretera de dos carriles, se llegaba a una autopista interestatal. Desde allí yo podía salir al mundo y recorrerlo, investigando y escribiendo sobre toda clase de asuntos y tendencias a través de un millón de millas del Oeste americano. Fue así como me encontré a Mark, a Jay Shelledey, a Betsy Marston, del High Country News, y al naturalista y escritor Terry Tempest Williams; también al editor Jerry Brady, y a Bill Kittredge, y a muchos otros amigos que están ahora en este salón.

Si yo no iba por la carretera manejando mi Jeep, estaba tomando un jet para viajar a algún lugar a hacer mi trabajo como una de las escritoras de primera línea de la AP. Yo tenía un esposo maravilloso que permanecía en casa, que se



5121	5131	5141	5151
5122	5132	5142	5152
5123	5133	5143	5153
5124			5154
5125	5135	5145	5155
5126	5136	5146	5156
5127	5137	5147	5157
5128	5138	5148	5158
5129		5149	5159
5130	5130	5150	5160



encargaba de nuestro desayuno en cama y cuidaba mi vida doméstica. Todo estaba limpio y en orden en nuestro hogar mientras yo andaba afuera viviendo aventuras y trabajando veinte horas diarias. Yo gastaba en la carretera, metida en el barro de este oficio, cerca de las dos terceras partes del año. Cuando permanecía en casa, siempre estaba disponible durante las veinticuatro horas, como un "bombero" de la AP, para ser despachada a cualquier parte a escribir acerca de cualquier cosa -incendios en el Parque Yellowstone, motines raciales, el derrame petrolero de Exxon Valdez, el estado de ánimo nacional en vísperas de la guerra del Golfo Pérsico.

La pequeña muchacha, escritora natural, convertida en La Muchacha, la criatura corporativa. Mi vida profesional llegó a estar envuelta en una segura red de cheques mensuales, un buen salario y seguros de salud y prestaciones sociales contra todo riesgo. Tenía el renombre suficiente para ser invitada a formar parte del jurado de los premios Pulitzer, para dirigir talleres de edición y escritura dotados con honorarios de mil dólares diarios y para ser llamada de muy lejos, muchas veces, a pontificar en reuniones portentosas.

Como una reina de belleza que lleva con orgullo su corona de falsos diamantes, yo exhibía mi distintivo como uno de los únicos dieciocho periodistas -y además, la primera mujer- a los cuales la AP había escogido a lo largo de su historia para ser corresponsales especiales. Ese honor llegó quince años después de que la AP me hubiera hecho la primera mujer jefe de una oficina regional de la agencia.

Hace un año, exactamente, cuando Mark y yo hablamos por primera vez de la conferencia de hoy, yo tenía cuarenta y cinco

años y había sido finalista en dos ocasiones de un Premio Pulitzer -en 1989 y de nuevo en 1991-, en la categoría de reportajes. Entonces me dije a mí misma que era sólo un problema de tiempo: mi cuarto de siglo en el negocio finalmente iba a ser pagado con la gran enchilada.² Yo era también una autora reconocida por un libro de reportajes sobre el Oeste americano que vendió miles de ejemplares en ediciones de tapa dura y de bolsillo. Además, tenía en la cabeza un montón de ideas para más libros, más historias, más status... y más "status quo". Yo veía claro mi futuro. Era respetable, comfortable, predecible y seguro. Pensaba que yo era como el mundo me veía: una periodista en el punto más alto de su juego, que además conocía de antemano cuál sería el resultado final.

LAS JUGADAS TRUCULENTAS DE LA VIDA

Hoy estoy antes ustedes como una mujer virginizada, como una versión femenina de Roy Hobbs, el personaje interpretado por Robert Redford en la película "The Natural". Hobbs, el fenómeno del béisbol, empezó su vida con una promesa y un sueño... llegar a ser el mejor jugador de béisbol de todos los tiempos. Pero la vida da vueltas inesperadas, hace jugadas truculentas y lo arroja a uno por caminos insondables. Roy Hobbs habla por mí cuando dice, en la mitad de sus cuarenta: "Mi vida no fue por el camino que yo esperaba."

Si mi charla de hoy se titula "La escritura y el significado de la vida", yo adivino que el "lead" podría ser más o menos así:

Su vida no será como ustedes piensan que va a ser. Eso no es malo; eso no es bueno; es nada más un hecho. Nosotros no podemos predecir qué nos

ocurrirá. Tampoco podemos exigir a la vida: "hazlo a mi manera." Lo más probable es que el destino no está escuchándonos.

Hace tiempos, para protegerse de los gases venenosos cuando cavaban los túneles de una mina, los viejos mineros acostumbraban llevar un canario enjaulado y ponerlo adentro, en los socavones. Si el canario se asfixiaba o moría, era señal de que corrían peligro.³ Por unos pocos minutos, esta mañana, considérenme su canario enjaulado. Porque lo que yo soy ahora, un año después de que Mark me habló por primera vez acerca de una corta y agradable conferencia sobre el arte de escribir, es esto:

- Una mujer de cuarenta y seis años lisiada de por vida, que escribe con mucha dificultad, aquejada por las secuelas de una enfermedad adquirida en los teclados de los computadores: Síndrome de Carpal Tunnel. Después de tres operaciones fallidas, mis manos ya no trabajan. Tuve que escribir esta conferencia a intervalos, en periodos de quince minutos que cada día se hacían más largos. A causa de las punzadas de dolor, no puedo llevar mi argolla de matrimonio o sostener con mis dedos algo más pesado que mi bolso. No puedo tampoco manejar con seguridad mi Jeep más allá de la tienda de la esquina. No puedo teclear yo misma una historia en mi computador. No puedo llevar una maleta. Todo eso significa que ya no puedo ser más una reportera de la calle.

- También he recibido un diagnóstico clínico: tengo una enfermedad crónica e incurable llamada lupus. Es una enfermedad autoinmune: en pocas palabras, en lenguaje médico, es la enfermedad opuesta al SIDA, y la misma que en ocasiones ha tratado de matarme. Mi doctor y yo creemos

que el Agente Naranja o alguna otra sustancia tóxica desconocida desencadenó en mi cuerpo esta enfermedad hace unos veinte años, cuando yo trabajaba en Vietnam como corresponsal de guerra de la AP.

Finalmente, en 1992, después de años de misteriosos problemas médicos, incluida la pérdida prematura de mi único hijo y un roce con el cáncer, tuve que enfrentarme a esta verdad: soy una prisionera inconforme del lupus. La enfermedad ha tomado las riendas del potro salvaje y lo ha convertido en un pony de carnaval que da vueltas y más vueltas en redondo, amarrado y cojo, doblegado por el dolor y el sueño.

Así como mi cuerpo fue derrotado, igual sucedió con mi alma y mis emociones, porque nadie puede entender esas vueltas de su propia vida mientras está golpeado y hundido en una crisis.

Muchos de nosotros hemos enterrado montones de amigas que murieron a causa de un cáncer de seno. Esas estadísticas -una de cada ocho mujeres recibirá ese diagnóstico durante su vida- han resultado ciertas en los casos de mi mejor amiga, mi vecina, mi compañera de pesca, mi editora gráfica, la guardabosques de mi parque, la cajera de mi tienda. En la mitad de la vida, he empezado a sentir la pérdida de amigos cuya presencia es irremplazable.

Lo mismo que algunos de ustedes en este salón, yo he estado ayudando a morir a mis padres. Cuando un cáncer de pulmón atacó a mi padre, yo me convertí en una de sus enfermeras y fui su compañera constante en sus preciados últimos días. Vi de cerca a los médicos y a las enfermeras en su más cruda forma, y aprendí sobre la compasión en sus horas más bellas, y sentí por primera vez una presencia espiritual más allá

de todo lo que había visto y conocido hasta entonces. Yo aprendí, hasta el límite, que hay cosas que son peores que la muerte.

Ahora, el turno le ha tocado a mi madre. Hemos estado intercambiando lugares, ella y yo. Desde que enfermó ella también de cáncer, yo he viajado hasta su casa para poder estar junto a su lecho, para ayudarla a bañarse y a acostarse. He leído para ella, he peinado su pelo, he sostenido sus manos mientras lucha por dormirse, con la promesa de que no apagaré la luz. En ese cuarto que huele demasiado a medicinas y a hundimiento, he murmurado ante esa pequeña figura que duerme la oración: "Ahora que me abandono al sueño, te ruego Señor que cuides mi alma..."

Mientras ocurren todas estas cosas, algunos de mis amigos han dejado de llamar por teléfono y escribirme cartas. Mi cambio de status, mi caída en picada fuera del nido profesional, ha resultado demasiado aterradora, demasiado amenazante, para indagar por detalles adicionales. Ellos se desbordaron en solidaridad cuando mi mundo empezó a derrumbarse. Ahora sus tarjetas de navidad están firmadas con el nombre en letras de molde. Mi editor envió flores después de la primera cirugía. Su jefe envió otro ramo de flores después de la segunda. El florero permaneció vacío la tercera vez. La gente dice: es muy asustador pensar en esto porque podría sucedernos lo mismo. Hace poco tiempo, cuando llamé a la oficina de los editores jefes de la AP en New York a dejar un mensaje para un viejo colega, el editor que respondió la llamada dijo: "¿Podría usted decirme para qué empresa trabaja?" Yo me dí ánimos recordando que si los Yankees de New York pudieron quemar vivo a Yogi Berra, nada es sagrado. Después de un cuarto de siglo con la AP, ésta es mi

historia. Simone de Beauvoir dijo: "Es el conocimiento de las verdaderas condiciones de nuestras vidas lo que nos debe dar fuerzas para vivir y razones para seguir viviendo."

Las verdaderas condiciones de mi vida son éstas:

- Muy pronto seré una huérfana.
- Mis manos enfermas y mi lupus me dicen que yo nunca más escribiré otro boletín de noticias, perseguiré otra ambulancia, o seré enviada a otro país a escribir noticias de primera página para la Associated Press o alguien más.
- Ahora vivo en un apartamento de noventa metros cuadrados en Anchorage, Alaska, con mis mascotas y mi esposo Dean. El está luchando por alcanzar el título de "Master" en la universidad. Con él puede conseguir un trabajo de profesor. Yo, por mi parte, aspiro a tener un trabajo de profesora, con seguro médico, aun cuando son dudosas las condiciones y los riesgos que cubrirá el seguro, dado mi caso.
- Justo ahora, se ha volteado la hoja con mi seguro de vida profesional. La compañía aseguradora, New York Life, por razones que ellos han rehusado revelarme después de seis meses de espera, no ha respondido aún a mi reclamación. Su representante dice nada más: "Usted tiene una historia en un archivo del banco de computadores del centro médico, y es confidencial."
- Nuestra casa en Colorado está a la venta y todas nuestras pertenencias están embaladas en dos grandes contenedores, en Estes Park. Pagamos por cada mes. Nuestro contrato de arriendo es abierto. No sabemos cuándo, ni dónde, desempacaremos nuestras cosas.
- A pesar de que alguna vez quise hacer polvo a mi joven editor y a su cuarentona jefe, luego de mi retiro, todavía tengo

un montón de amigos buenos y leales en el negocio de las noticias. Y la AP tiene una cara humana: su nombre es Louis E. Boccardi, presidente y director de la agencia. El ha sido mi amigo y consejero durante esta prueba y su fe me ha sostenido más de lo que él sabrá jamás. Pero como ni Lou, con todo su poder y su ayuda amistosa, ha podido arreglar estos problemas, yo estoy, en términos legales, en una licencia no remunerada de carácter indefinido.

- Mientras Dean va a estudiar, yo enseño ética y técnicas de escritura en la Universidad de Alaska, en Anchorage. Pero sin un grado de "Master", me dicen mis colegas universitarios, probablemente no podré ser contratada como profesora de tiempo completo por ninguna institución de educación superior en este país. Toma al menos dos años obtener este título en cualquier universidad.

LA LIBERTAD ES SOLO OTRA PALABRA MAS

Si todo esto les parece algo que no tiene cura ni redención, permítanme ahora que, como un pitcher de béisbol, les lance una bola más, que también puede convertirse en una jugada truculenta: no recuerdo una época en mi vida en la que haya tenido más tranquilidad, más paz conmigo mismo, más felicidad.

Vivo de un modo más saludable y equilibrado que nunca antes. Mi matrimonio cada vez marcha mejor, después de haber estado al borde de la separación en esos lejanos y agitados días de viajes, jet set y trabajo agobiante. Y mantengo en mi mente un gran pensamiento: si en apariencia yo estoy haciendo menos, estoy dando más. Estoy entregando a futuros escritores lo que yo he aprendido en el borde de lo desconocido, y ellos me están honrando con su atención y su

admiración. Mi autoestima jamás había estado en un punto tan alto.

A lo largo de todo este tiempo de cambios y tristeza, me he visto forzada a examinarme a mí misma como si fuera un cubo de Rubik, empujando todas las piezas, volteándolas, poniéndolas de cara a la muerte, y luego devolviéndolas de nuevo al sitio correcto. Mi vida no ha terminado: ha cambiado. Pero hay algo estimulante en saber que de repente estás frente a una "hora de cierre" real, que la pantalla del computador está en blanco, que se puede escribir algo en él y maldecirlo a gusto. Yo no puedo vivir más para firmar el siguiente reportaje, pero a pesar de todo puedo simplemente... vivir.

Ahora rechazo algunas de las cosas que me enseñaron en la escuela de periodismo, y también, lecciones recogidas palabra por palabra de varios Lou Grants⁴ y otros colegas famosos en Viet Nam, en Belfast, en Lima y en Topeka... Las mismas que me hicieron tan "objetiva" en mi trabajo que me llevaron a un estado de alienación en el que me alejé de mis amigos, mis vecinos, mi comunidad; era una época en la que estaba tan dedicada al trabajo que me sentía a punto de asfixiarme en una campana de vidrio cuando ya no podía trabajar más; me había convertido en alguien tan unidimensional que cuando no tenía cosas de trabajo de las cuales hablar, me quedaba sin nada que decir.

Si Bill Clinton encontró su himno nacional en la canción de Fleetwood Mac "No te detengas pensando en el mañana", yo me estoy buscando a mí misma en la canción de Janis Joplin "Libertad es sólo otra palabra para decir que no tengo más que perder". He dejado a un lado las viejas lecciones y estoy aprendiendo algunas nuevas. Esto es lo que he aprendido de sobra:

- Nosotros no somos nuestro trabajo... Nuestro trabajo no es nuestra vida.

- Nosotros somos algo más que modems y Word para Windows, más que faxes y archivos comprimidos y Skytel, más que cierres de edición y líneas de transmisión de datos.

- Nosotros somos hijos e hijas; esposos y esposas, gente que vale algo para alguien; madres y padres; amigos y compañeros de viaje.

- Si no nos detenemos y nos escuchamos a nosotros mismos, a los demás, no tendremos cosas para decir. Tampoco tendremos nada de qué escribir. Y entonces moriremos. Probablemente ni siquiera nos enteraremos cuando eso ocurra.

- Tengo una gran amiga en Anchorage llamada Suzan Nightingale. Ella es columnista del Daily News y madre de dos hijos menores de siete años. También es autora de un libro y es profesora adjunta de escritura creativa en la universidad. Un día, cuando llegó, como siempre, un cuarto de hora después de que empezara la reunión quincenal de nuestro grupo de escritores, ella dijo, suspirando:

"¿Por qué me siento como si estuviera siempre dando vueltas en el aeropuerto de mi vida?"

¿SI VALE LA PENA?

Nosotros seremos recordados como La Generación que Trató de Hacer Demasiado. ¿Por qué?

Tal vez porque mientras hacemos malabares con nuestros sueños, nuestras expectativas, lo que realmente estamos buscando, como escritores y como seres humanos, es conectarnos con nuestras propias vidas y con las de otros. Pensamos que si seguimos entregándonos, la aceptación y el sentimiento de pertenencia llegarán por sí solos.

La "superautopista" de la información se supone que va a unirnos porque tendremos nuevos y más eficientes medios para conocernos más. Pero yo no creo que cambiando de canales con nuestros controles remotos, convirtiendo nuestras oficinas de redacción en salas de velación con tapetes morados, y poniendo nombres y mensajes para los demás a través del correo electrónico y el correo de voz vamos a hacer mejores las relaciones entre los unos y los otros.

Yo estoy afuera de todo eso, mirando, y algunas veces, cuando encuentro colegas que están físicamente sin aliento y a punto de un colapso emocional, por la sobrecarga de trabajo, el stress y la velocidad, quisiera quebrar los vidrios a prueba de ruido de sus oficinas y gritar: ¡Paren! ¡Piensen! Pregúntense a ustedes mismos hoy, ahora mismo: ¿si vale la pena?

Quisiera decir eso a una amiga que es ejecutiva de una gran cadena de periódicos y que gasta ochenta horas de su vida cada semana trabajando en una oficina. Esta muchacha inteligente y atractiva no ha salido con nadie en dos años porque, dice ella, no tiene tiempo. Recientemente compró una casa que le costó miles de dólares, para entretenerse allí en cenas de negocios contratadas con restaurantes. Ella no vio ninguna ironía en buscar a una decoradora para vestir mejor una casa que no es hogar de nadie, para decorar un cuarto familiar donde la única cosa que falta es la familia.

Yo quiero preguntar si todo esto vale la pena a una colega de mi edad, una de las tantas mujeres con las que empecé a trabajar en el periodismo en 1969. Ella me llama desde cualquier lugar del globo terrestre para aturdirme con noticias acerca de lo que está pasando con el resto de las

compañeras del antiguo grupo. Yo soy la única que se ha casado, casi todas viven en apartamentos dispersos alrededor del mundo, con empleadas domésticas y gatos y una agenda social llena de compromisos hasta la próxima navidad. Pero la última vez que nos reunimos, esta amiga de la que hablo, quien rara vez se toma un domingo libre, miró el fondo de su copa de champaña y dijo entre dientes: "Ya no quiero ser una Cinderella ni un minuto más".

Yo me pregunto: ¿vale la pena? cuando veo a un colega muy querido y a su esposa, una ejecutiva de un periódico sobrecargada de trabajo, tratando de hacer malabares para poder responder cada uno a su trabajo de sesenta horas a la semana mientras levantan a sus dos pequeños niños. Su solución ha sido conseguir una casa más grande con un cuarto para una niñera. Pero yo pregunto: ¿en realidad, podemos tenerlo todo? ¿Queremos tenerlo todo inmediatamente? ¿Y quién pagará por un éxito medido en títulos profesionales y méritos alcanzados? ¿No será la gente que más nos ama? ¿Los únicos a quienes nosotros damos lo poco que nos queda después de que el trabajo se lleva lo mejor de nosotros?

TENGA CUIDADO CON SUS AMBICIONES

Mignon McLaughlin nos invita a mirarnos profundamente a nosotros mismos cuando dice:

"Lo que tu has llegado a ser ahora es el precio que tu pagas por alcanzar aquello que deseabas".

Lo que yo pensé que deseaba en mi vida era aventuras, fama, suerte, riqueza, y un premio Pulitzer. Yo alcancé a tener montones de aventuras, los quince minutos de fama de Andy Warhol, una muy pequeña

fortuna y una buena carrera en los Pulitzer. La última cosa que deseo hacer hoy es decirles a ustedes que yo tengo todas las respuestas. No estoy segura si acaso tengo una o dos. Yo sólo quiero invitarlos a recordar que yo tengo un montón de títulos después de mi nombre, y que también soy una pionera entre los periodistas de mi generación. Yo soy, como les advertí hace un rato, el canario en la mina. Y Roy Hobbs estaba en lo cierto cuando dijo: "Con toda seguridad las cosas cambian, se vuelven distintas... Distintas..."

Pero Iris, su amor perdido hace mucho tiempo, contestó: "Yo creo que nosotros tenemos dos vidas: la vida con la que aprendemos y la vida con la que vivimos después de eso..."

El año pasado mi vida se desmoronó. Fue como si cayera en una emboscada. Ahora siento eso justo como si fuera otra aventura. Mis amigos me han presionado a buscar nuevos caminos para escribir, para decir nuevas cosas de modo nuevo. Bueno, ahora uso una carpeta amarilla tamaño oficio y lápices número dos. Y no escribo ya más declaraciones ni citas de otras gentes: estoy aprendiendo a escribir expresando mis propios pensamientos. Mis verdaderos amigos de afuera y adentro del negocio de las noticias me han convencido de que, como dice Joan Didion, debo escribir para conocerme a mí misma, para saber qué pienso. ¿Estaré en capacidad de convertir esto en algo que me permita ganar dinero? Quién sabe. Pero el asunto que importa es: yo estoy escribiendo aún porque todavía estoy viva.

Annie Dillard estaba hablando acerca de este mismo tema -su trabajo andaba mal- cuando escribió esto, pero yo creo que ella también hablaba acerca de la vida:

"Tú sólo tienes que esperar, mientras pasa ese tiempo, con

fe". Ella lo dijo, describiendo lo que hace cuando encuentra problemas insolubles en su escritura. "Eso pasa... Pienso que le sucede a todo el mundo... El asunto se deshace en tus manos. Tú tienes que ser capaz de analizar ese problema y mirarlo en forma descarnada, claramente, y luego arremangarte y resolverlo con tu mente. Y tienes que estar en capacidad de separarte a tí mismo de tus propios sentimientos y dejar de pensar que ha ocurrido un desastre total cuando ello sucede."

Cuando siento que llega la hora del desastre total, cuando no veo el camino, cuando lloro por los tiempos ya perdidos, por los amigos que se fueron, por las fuerzas disminuidas, yo acostumbro ir a un río y quedarme allí. En mis caminatas por las orillas, con mi vara de pescar y mi anzuelo en las manos, siento que fuerzas inexorables me obligan a permanecer fuerte, y sé que si no me aferro a ellas me hundiré. Estando así, en medio de la naturaleza, donde la trucha salta y el salmón corre y donde no hay otras voces compitiendo con la mía, me digo a mí misma que yo soy todo lo que he vivido a través de los años, que todavía tengo muchas cosas que decir, y que nada en mi vida ha sido malgastado ni se ha perdido definitivamente.

Yo soy única. Tú eres único. Sólo yo puedo ser yo. Sólo tú puedes ser tú. Y no puedes jamás perderte a tí mismo en medio de una multitud. Tu vida jamás puede acelerarse hasta el punto que tú no puedas reconocer tu propia voz o escuchar las cosas que hay en tu propio corazón.

De modo, Mark, que... ¿qué sé yo acerca de la escritura y el significado de la vida? El asunto sobre los periódicos puede resumirse así: ellos son una maldición diaria. Y está la vida. El significado de ella se encuentra en la vida misma. Norman Mclean prometió que cuando la escritura fuera buena, usted vería su propia vida apareciendo ante sus ojos en forma de párrafos. Igual que como lo haría en una historia, ponga las cosas más importantes al comienzo. Haga un gran "lead". Recorte todo el material que no sea necesario. Establezca prioridades. Conserve lo esencial, lo simple. Y sepa cuándo debe parar.

Y si la vida le da vueltas, le pone trampas y lo arroja en una de esas curvas impredecibles, recuérdeme a mí. Puedo ser su canario en la mina... pero yo todavía estoy cantando. ♣

NOTAS

1. Alusión a la película "The Natural", sobre la vida del jugador de béisbol Roy Hobbs, protagonizada por Robert Redford.

2. En español, en el original.

3. La explicación de esta costumbre, indispensable para comprender la expresión "el canario en la mina", fue suprimida en la versión escrita de la conferencia publicada por el Poynter Institute.

4. Lou Grant fue el protagonista de una famosa serie norteamericana de televisión sobre los dilemas que vive un periodista cuando se enfrenta con honestidad a los desafíos de su oficio.

TAD BARTIMUS es periodista, escritora y profesora universitaria. Trabajó en la agencia de noticias Associated Press durante más de veinticinco años como corresponsal de guerra, corresponsal en el extranjero, jefe de oficina y corresponsal especial. Escribió un libro en colaboración con Scott McCartney -"Trinity's Children"- sobre la era atómica en el Oeste de los Estados Unidos. En su último libro -"Mid-Life Confidential: The Rock Bottom Reminders on the Road"-, escribió junto con otros periodistas una crónica sobre la gira de una banda de rock por su país. En la actualidad dicta clases de escritura creativa en Alaska, a la edad de 47 años. Bartimus dio esta charla en una de las reuniones anuales del Taller Nacional de Escritores de Estados Unidos, en Salt Lake City, en 1995. El texto de la misma ha sido difundido por el Poynter Institute, una entidad dedicada al mejoramiento de la calidad ética y profesional de los periodistas en ese país.